

José Manuel González

Génesis del motivo épico en la poesía de Jorge Luis Borges: de la apoteosis a la claudicación

En el presente trabajo abordaremos el motivo de la épica como filón recurrente en la poesía y pensamiento de Jorge Luis Borges. Pretendemos mostrar el tratamiento oscilante que el escritor porteño dispensa al motivo épico, defendiendo la tesis de un significado ambivalente para él mismo, en tanto recurso ennoblecedor del hombre, pero a la par insuficiente para la aprehensión de la idea de absoluto. Asimismo, indagamos en la génesis de la vena épica en la producción borgiana, estableciendo como marco de referencia la década 1910-1920, en Argentina, donde se fragua un discurso nacionalista que consideramos como el acicate propiciador de la inversión que Borges opera.

Es sabido por todos el viraje que Leopoldo Lugones efectúa en 1910: el tono laudatorio hacia su patria centenaria se advierte ya en obras como *Odas Seculares*, *Didáctica* o *Prometeo*, pero habrá de ser seis años más tarde, en *El Payador*, donde consolide sus postulados criollistas, exponiendo su peculiar percepción de la épica, que se aviene a sus propósitos nacionalistas: "Como el objeto primordial de la patria es asegurar la libertad y la justicia en ciertas condiciones, de donde resulta que cada patria es una entidad distinta, el objeto primordial de la épica se encuentra vinculado -refundido- con ella hasta formar una misma cosa."¹

Como el propio autor nos confirma, la épica se circunscribe a la patria; poseería un desenvolvimiento acotado por cuanto su imaginario se limitaría a esclarecer los perfiles de una colectividad. En efecto, sustrayéndose a la tradición helénica, el escritor cordobés cifra en la épica la forja de una

¹ Leopoldo Lugones, "La vida épica", en *El Payador y antología de poesía y prosa* (Caracas: Ayacucho, 1979), p. 29.

argentinidad también demandada, en semejantes términos, por Ricardo Rojas.² Ratifica Rojas, con una contundencia abrumadora, la posición de Lugones ante la épica. Así, en *Historia de la Literatura Argentina. Los gauchescos* nos entrega unas aseveraciones, si cabe, más prolijas y explícitas que las de *El Payador*: "El secreto vital de una epopeya reside en su identidad con el espíritu de una raza: su radicación en la tierra que ha de servir de asiento a su progenie histórica; su modelación sobre el arquetipo fundador de una determinada nacionalidad."³

Desde su pedestal de erudición, el Director de la Cátedra de Literatura Argentina estima -con Lugones- que la esencia de la significación épica reposaría en el hermanamiento héroe-patria. Parapetados en estas premisas, ambos autores proceden a desempolvar el bagaje literario que avale de modo inequívoco una idiosincrasia argentina.

Borges reacciona ante tales asertos, transponiendo el criollismo exaltatorio de Lugones a la esfera de la disquisición ontológica; ya en *El tamaño de mi esperanza* reclama nuestro autor un "criollismo, pues, pero un criollismo que sea conversador del mundo y del yo, de Dios y de la muerte", prefigurando su querencia por la metafísica como eje galvanizador de su pensamiento; en este sentido, Borges se afanaría por trascender ese abordaje tradicional, "epidérmico", que de la épica practica Lugones, optando por absorber los elementos conformadores del espectro épico (batalla, héroe, derrota, atavíos de lucha) para hacerlos circular bajo el tamiz de sus inquietudes filosóficas.

La respuesta al criollismo militante no se hace esperar. Si para el autor del *Lunario Sentimental* "todo hombre es, o debe ser, si tal dignidad merece, un combatiente de la libertad",⁴ en Borges la libertad y justicia lugonianas se truecan en liberación metafísica. No faltan tampoco reproches a la radicalidad que destilan los planteamientos de Rojas. En sus apuntes "La poesía gauchesca",⁵ nuestro autor considera que las apreciaciones de Rojas acerca de Martín Fierro resultan monolíticas, desestimando sus aportes y confinándolos al terreno de la mera discusión filológica.

² Hemos englobado interesadamente bajo el marbete de "centenaristas" a figuras como Lugones y Rojas, cuyos idearios patrióticos presentan matices diferenciales que se desvían del núcleo de nuestra exposición. La profesora Trinidad Barrera nos ofrece un lúcido desglose de tales divergencias en el programa de Rojas, Lugones y Manuel Gálvez en "Nacionalismo y criollismo". Véase *Baldomero Fernández Moreno (1915-1930): las miradas de un poeta ensimismado* (Universitat de Lleida, 1998).

³ Ricardo Rojas, *Historia de la Literatura Argentina. Los gauchescos* (Buenos Aires: Librería "La Facultad", 1917), p. 504. [Ejemplar conservado en la Casa Museo Unamuno de Salamanca].

⁴ Lugones, "La vida épica", en *El Payador y antología de poesía y prosa*, p. 25.

⁵ Jorge Luis Borges, "La poesía gauchesca", en *Discusión* (Madrid: Alianza Editorial, 1985), pp. 11-48.

La piedra angular de esta dialéctica viene constituida por el juicio que Leopoldo Lugones vierte en *El Payador* (1916) acerca del *Martín Fierro*: impelido por su helenismo y por la necesidad de definir una nacionalidad, no duda en atribuir al texto la categoría de epopeya:⁶ cierto es que Borges no aplaude la canonización del *Martín Fierro* promovida por Lugones, pero tal reticencia no excluye en el porteño un tono ponderativo hacia el poema de Hernández.

En su enjundioso prólogo a *El Payador*, nos brinda Borges su particular veneración hacia la obra señera de la literatura argentina, reseñando la preeminencia de "caracteres novelescos donde, al contrario de la épica, nos interesan lances personales y no valores colectivos": esta exégesis encierra una fractura ostensible respecto al consabido discurso nacionalista de la década y se nos antoja el primer atisbo, la cala inicial de un universo épico que habrá de escorarse hacia la región del individuo y su horizonte epistemológico.

Buena prueba de ello es la invocación borgiana a la "ética del coraje" que, lejos de jalear a una colectividad, oscila entre el desvalimiento del individuo y el instante extático que lo sublima: en esta polaridad salvación/claudicación discurre precisamente la significación que Borges confiere al filón épico.

Algunos críticos han percibido esta ética del coraje como antípoda del frío andamiaje conceptual que sustenta su producción. Sostenemos nosotros que estas derivas vitalistas no sólo son compatibles con su sistema gnoseológico, sino de necesaria inserción en él mismo. Si la ya prototípica imagen del laberinto borgiano trasunta la imposibilidad de conocer para el hombre, el lance épico activa, en primera instancia, una vía liberadora de tal reclusión, que se traduce en una superación -siempre provisoria- de la contingencia. Así las cosas, el instante extático mencionado con anterioridad significaría desgranar una suerte de esquirla para vivirla plenamente en sí misma; con todo, su inminente disolución en la temporalidad constituye un valladar para la intelección del absoluto.

LA SALVACIÓN POR LA ÉPICA

Borges incardina su noción de lo épico en vectores muy heterogéneos, que pendulan entre la reciedumbre del caballero germánico y la humildad del cuchillero del arrabal, cuya suerte se dirime en un lance súbito. Una buena

⁶ La caracterización del *Martín Fierro* como pieza de régimen épico supone para Borges "revivir una dañina superstición". Juzgamos que la voluntad borgiana por abolir la idea de libro representativo de una nación entronca con la orientación de la épica que aquí se defiende.

cantidad de poemas del escritor porteño traslucen la pátina glorificadora de que se impregna el coraje. Tal ensalzamiento nos suministra la idea de la épica como un orbe autónomo e inabordable para la literatura, la cual vendría a deslustrar lo que el heroísmo tiene de pulsional:⁷

Alto lo dejo en su épico universo
y casi no tocado por el verso.

("Alusión a la muerte del coronel Francisco Borges", 32)

Se nos aparecería la épica como una instancia superior al entramado literario -merced a su inefabilidad- y al judicial, en tanto la valentía disipa el temor hacia la sanción capital:

No lo infama el patíbulo. Los jueces
no son el juez. Saluda levemente
y sonríe. Lo ha hecho tantas veces.

("Una mañana de 1649", 85)

Esta asimilación de lo visceral como célula enaltecedora genera textualizaciones apoteósicas en las que el goce de un instante⁸ épico consigue traspasar la sucesividad del eje temporal: la épica quedaría investida, en consecuencia, de una capacidad impugnadora del tiempo, y por supuesto, terapéutica,⁹ por el componente de liberación que comporta.

⁷ Salvo que se indique lo contrario, las páginas citadas harán referencia a la edición *Obra poética* (Madrid: Alianza Editorial, 1998), 2 vols.

⁸ El triunfalismo irradiado por algunos versos parece quebrar provisionalmente la posición anclar que la breva ocupa respecto al tiempo:

qué importa el tiempo sucesivo si en él
hubo una plenitud, un éxtasis, una tarde.

("Página para recordar al coronel Suárez", p. 95)

⁹ Borges atribuye a esta fracción temporal fulgurante un efecto purificativo y develador, como él mismo nos explica: "Yo he sospechado alguna vez que cualquier vida humana, por intrincada y populosa que sea, consta en realidad de un momento; el momento en que el hombre sabe para siempre quién es". Véase *Evaristo Carriego* (Madrid: Alianza Editorial, 1990), p. 104.

Sin embargo, el espíritu boyante y vital que resuman algunas piezas será vencido paulatinamente por un sello de opacidad: la vivencia de lo épico abandona lo trepidante, adquiriendo mayor tibieza en sus modulaciones. No son pocos, en verdad, los textos en que el tono laudatorio hacia la salida épica languidece: la acción heroica parece llevar en germen el matiz de la oscuridad y el desconcierto; la naturaleza evanescente del héroe vendría a interceptar, pues, ese ideal de incursión en la acronía.

La proyección benéfica de la épica estribaría en trascender la "prolijidad de lo real" de que habla Guillermo Sucre. Lo contingente, lo heteróclito y vaporoso goza, por tanto, de un momento de unicidad y compacidad, tan efímero en su duración como balsámico en sus efectos.

LA CLAUDICACIÓN

Como hemos consignado más arriba, Borges no dispensa al motivo épico un tratamiento unidimensional. Tras la réplica primera ante el incipiente nacionalismo de la Generación del Centenario, nuestro autor se reafirma en su concepción de la épica, pero la despoja ahora de su efecto elevatorio para el hombre, ubicándola en la esfera de la insuficiencia y proporcionándole un acomodo más acorde con su sistema gnoseológico: la épica ya no procura el acceso a lo absoluto, se disuelve y se proyecta hacia las áreas de la mutabilidad:

Capitán, los afanes son engaños,
Vano el arnés y vana la porfía
Del hombre, cuyo término es un día
[...].
El hierro que ha de herirte se ha herrumbrado:
Estás (como nosotros) condenado.

("A la efigie de un capitán de los ejércitos de Cromwell", 30)

Si el Martín Fierro lugoniano se erige, por su compostura, en estandarte patrio, el despojamiento del guerrero borgiano no porta la antítesis de la exacerbación nacionalista, sino la acción de una coordinada temporal que, a modo de cercén, impide al hombre zafarse de una realidad atomizada. La potencialidad del coraje ha sido mellada de pleno y éste se nos confirma inoperante: es el reverso de lo que otrora fuera la pujante salida épica. Ese

mismo universo del cuchillero,¹⁰ de la espada y de la brega ha de extrapolarse de nuevo a la noética borgiana, ahora para refrendar el anclaje del hombre en la contingencia.

En suma, la superación del discurso patriótico implica un desmarque de Borges respecto a los adalides nacionalistas. Tal réplica cristaliza, pues, en un peculiar procesamiento de la épica que –operante siempre en una región metafísica– se integra como pieza notabilísima dentro del engranaje filosófico del autor. Cierto es que se advierte un viraje en la facultad que Borges confiere a la épica, pero no en su ubicación.

Esta doble faz antitética, sublimidad-desvaimiento, es, consideramos, definitivamente complementaria, en tanto atiende a un dato crucial: la pulsión bélica remite siempre –sea cual fuere su signo– a las limitaciones epistemológicas que cercan al hombre.

BIBLIOGRAFÍA

- ALAZRAKI, JAIME (ed.). *Jorge Luis Borges*. Madrid: Taurus, 1977.
- BARRERA LÓPEZ, TRINIDAD. "Nacionalismo y criollismo", en *Baldomero Fernández Moreno (1915-1930): las miradas de un poeta ensimismado*. Universitat de Lleida, 1998.
- BORGES, JORGE LUIS. *Antología poética (1923-1977)*. Madrid: Alianza Editorial, 1981.
- . *Obra poética*. Madrid: Alianza Editorial, 1998. 2 vols.
- . *Obra poética (1923-1966)*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1964.
- . "La poesía gauchesca", en *Discusión*. Madrid: Alianza Editorial, 1985.
- . *Evaristo Carriego*, Madrid: Alianza Editorial, 1990.

¹⁰ Este proceso de desustanciación de la épica se constata de modo palmario en piezas donde la solemnidad deviene virtualidad: el ingreso en lo irreductible está vedado.

[...] una pérdida hazaña
de burdel o de atrio, una porfía,
dos hierros, hoy herrumbre, que chocaron
y alguien quedó tendido, me bastaron
para erigir una mitología
[...].
La sabia historia de las aulas no es menos ilusoria
que esa mitología de la nada...

("Todos los ayeres, un sueño", p. 315)

- (con Betina Edelberg). "Leopoldo Lugones", en *Obras completas en colaboración*. Madrid: Alianza Editorial, 1983.
- (con Margarita Guerrero). "El Martín Fierro", en *Obras completas en colaboración*. Madrid: Alianza Editorial, 1983.
- LUGONES, LEOPOLDO. "El Payador", en *El Payador y antología de poesía y prosa*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979.
- NUÑO, JUAN. *La filosofía de Borges*. México: FCE, 1986.
- ROJAS, RICARDO. *Historia de la Literatura Argentina. Los gauchescos*. Buenos Aires: Librería "La Facultad", 1917. [Ejemplar conservado en Casa Museo Unamuno de Salamanca].
- SUCRE, GUILLERMO. *La máscara, la transparencia*. México: FCE, 1985.